

EDUARDO PELLEJERO

ALUCINACIONES



Copyright © 2019 Eduardo Pellejero
Todos los derechos reservados.

ACEFALO
Agenciamento Coletivo de Estudos em Filosofia da Arte e da Literatura

ISBN: 9781709962578

Arte de capa: Susana Guerra

Índice

Rayas	5
Saltos	7
Zapatos	9
Golpes	11
Extrañamientos	13
Elecciones	17
Durmientes	21
Conocidos	25
Clases	29
Alucinaciones	31

Rayas

Las cosas se rayan. No hay nada que hacer. El celular nuevo se cae al piso y se raya. Mejor así. Una cosa menos por la que preocuparse. Porque las cosas, tarde o temprano, se rayan.

De la misma forma, es imposible pasar por la vida sin dejar marcas. Las cosas se rayan, nosotros rayamos las cosas. Esto es algo banal. Por ejemplo, caminás por la playa y dejás la huella de tus pasos sobre la arena. La próxima marea se las llevará. En el fondo, es el destino de todas las rayas: confundirse en lo liso.

Las rayas también pueden ser intencionales, y no es necesario ver ninguna maldad en ello. Las rayas complican y, complicándolo, enriquecen el mundo. A Paula le gusta hacer rayitas sobre el papel. Raya el papel con un pedazo de carbón, raya sobre raya, hasta que las rayas dan lugar a una especie de espejo.

¿Qué es lo que ve Paula en esas rayas que hace sin parar? ¿Se ve a sí misma? ¿Ve el pasado? Digo el pasado porque hay algo significativo, y es que Paula no podría estar menos interesada en el futuro.

De tanto rayar, a veces se raya. La gente dice: se rayó. O, también, los más pesados: está rayada. No es algo exclusivo de Paula. La gente se raya todo el tiempo. Eso también es algo a tener en cuenta: no hay como de no rayarse.

La cuestión, por lo tanto, no es rayarse o no. La cuestión es: ¿qué pasaría si uno se rayase de esa forma intensa y concentrada en la que Paula raya el papel? ¿Qué es lo que vería la gente en nosotros si nos rayásemos hasta que las líneas de nuestros rostros se confundiesen en el fondo informe sobre el que habitualmente se destacan?

No deja de asombrarme que no haya más gente caminando por las playas en estos días.

Saltos

Si tu amigo salta a un pozo, ¿vos saltás también?

Nunca entendí por qué razón esta pregunta nos era dirigida tan frecuentemente cuando éramos chicos. Supongo que el urbanismo daba sus primeros pasos entonces y las ciudades abundaban en abismos.

Un ojo en el abismo está bien, decía Roberto Bolaño, pero el otro en la vida, en los amigos, en la comida. Saltó sin querer. David Foster Wallace saltó atrás de él, queriendo. ¡Por favor, no salten más, los necesitamos aquí!

Claro que el problema no es saltar, el problema es conseguir dejar de pensar en el salto. Virginia Woolf, para poner un caso que salta a la vista, estaba convencida de que si se dejaba caer hasta el fondo descubriría la verdad. Sólo que no hay fondo. ¿Llegó a descubrir *esa* verdad?

Imaginen que conseguíamos olvidar todo el asunto. Aunque lo lográsemos, no adelantaría demasiado. Es que cuando no saltamos nosotros, al mundo se le da por saltar. Salta y estamos en guerra. Salta y la seca se prolonga otro año más. Salta y el arte se torna una *commodity*. Salta y el fascismo vuelve a mostrar su fea cabeza. ¡Así no sorprende a nadie que uno empiece a sentir ganas de que el mundo salte de una buena vez por los aires! Es que nos sentimos en la cornisa.

Si tu amigo salta de una cornisa, ¿vos saltás también?

Cornisas son cuestión de perspectiva. Pongamos el cordón de la vereda. El cartero ignora el vértigo cuando lo pisa (y es capaz de hacerlo innumerables veces durante una jornada cualquiera de trabajo). ¿Pero quién se atreve a encarar el cordón de la vereda como un equilibrista encara el alambre, sin red?

Ulises hizo trampa - conocer el secreto de las profundidades sin saltar es como disertar sobre la pasión en la feria del libro. Orfeo perdió mal - saltó y volvió sin nada, a no ser su tristeza. Tales no cuenta - cayó en un pozo, pero tenía la mirada perdida en las estrellas. La criada de Tracia no saltó tras él - su risa me revuelve el estómago.

Las personas se abisman, entran en pánico. No es lo mismo que saltar. Ni siquiera es lo mismo que caer. Se paralizan sin haber espiado siquiera el precipicio que se abre a sus pies. Después siguen con sus cosas como si nada.

Nietzsche sabía que no hay idea más falsa que la de que la verdad sale de un pozo, y sin embargo dio el salto, pobre, con tan mala pata que se rompió la cabeza contra su propia humanidad. La madre, abatida, se lamentaba: “cuantas veces le dije que no hiciera las cosas sin pensar”. Pero el problema es precisamente que a veces los hijos piensan mucho, piensan demasiado, en los saltos que dan los amigos.

Personalmente no soy entusiasta de las alturas, pero los vacíos me llaman. Si un amigo saltara a un pozo, saltaría sin dudas con él. ¿No saltarían todos con nosotros? ¿No lo harían? ¡Vamos, respondan! ¿Cómo es posible que duden un instante? ¿No ven que estamos cayendo?

Zapatos

Susana acaba de ponerse los zapatos de paño. Los zapatos de paño señalan la llegada de la primavera. ¿En todas partes? Hay lugares, de hecho, donde la primavera es más discreta que en otros.

Deberían apretarle, porque son zapatos de cuando tenía 12 años, aunque parece sentirse cómoda con ellos. Los pies también saben hacer memoria. Estamos demasiado acostumbrados a cifrar la memoria en el bronce de las estatuas y las fotos familiares. Preferiría no tener que preocuparme por esas cosas, pero Susana acaba de salir para la escuela y va con treinta años de atraso. ¿Debería tratar de alcanzarla para acercarle la mochila, que ha olvidado?

Dorothy hace chocar sus zapatos rojos y vuela hasta el reino de Oz. Subleva a cualquiera que tales cuestiones sean negligenciadas por la industria del calzado. Vuelve a chocarlos y está de regreso en Kansas. ¿En verdad no se está en ningún lugar como en casa?

Sin chocar sus zapatos (no olvidemos que son de paño, por lo que de cualquier manera sería inútil), Susana anda por el mundo sin moverse de su lugar. Hace memoria. Dice: la memoria hay que hacerla, Eduardo.

Claro que uno se pregunta cuál es el límite de todo eso. Si uno pierde un día para hacer memoria de un día, y después una noche para hacer memoria de una noche, ¿qué será de esos días y esas noches en la memoria cuando no haya otra cosa que rememorar?

Sin respuestas para tantas preguntas suelo andar descalzo durante semanas enteras. Las personas me observan extrañadas en el supermercado. Está descalzo, comentan entre sí. No reparan en los infantiles zapatos de Susana, ni en su mirada empañada por la nostalgia - después de todo, le dan un aire romántico.

Hacemos una extraña pareja, supongo. Le pregunté un día: ¿tenés miedo del futuro? Me contestó que no, que lo que la asustaba, que lo que en el fondo la aterrorizaba era el pasado. A menudo damos por sentado que el pasado es algo seguro, pero basta sacarle la vista de encima para que comience a moverse, imperceptible pero incontrolablemente, como la lava bajando la cuesta de un volcán, o, mejor, como el magma sobre el que reposa la tierra. Sólo por eso, prefiero evitar zapatos que carezcan de agarre.

Los de Susana vuelven ocupar su lugar en la memoria sin aviso previo. Después anda un tiempo calzada a rigor, hasta aparecer de repente con un par de borcegués gastados de sus años de punk, o unas botas de gamuza que acostumbraba usar cuando la conocí. En general, en esos casos, prefiero no saber a dónde se dirige.

Si hiciese golpear mis zapatos, no me sorprendería que no me llevaran a ninguna parte. No es que sea incapaz de toda magia. Simplemente me siento en cualquier lugar como en casa.

La primavera vuelve siempre, no importa bajo qué forma. Es lo que mejor sabe hacer.

Golpes

Hoy murió una amiga.

De chico mis viejos insistían en hacer diferencias entre amigos y conocidos. Cuando alguien muere es imposible hacer esa diferencia.

Hoy murió una amiga.

La vida nos deparaba encuentros en los lugares más improbables. Era fácil conversar con ella. Hay personas así, que invitan a que nos abramos. Hablábamos siempre larga e intensamente.

No la conocía bien, a pesar de considerarla mi amiga. Es que las jerarquías hacen agua cuando tratan de la gente.

La última vez que la vi me dijo que estaba buscando cambiar su forma de escribir. Andaba preocupada con eso. Roland Barthes también proyectara algo semejante - escritura nueva, vida nueva -, pero a pesar de que titulara su último seminario “La preparación de la novela”, nunca llegó a escribir una, nunca llegó a vivir esa vida. Murió como profesor, que es lo que siempre fuera - el mejor de todos, eso sí.

Hoy también murió una nena a manos de la policía de Rio de Janeiro. Tenía 8 años. ¿Tuvo tiempo para hacer amigos o conocidos capaces de recordarla como yo recuerdo ahora a mi amiga? ¿Llegaron sus padres a intentar explicarle las problemáticas diferencias entre amigos y conocidos, entre conocidos y extraños?

¡Qué ganas de llorar! ¿Entonces es eso, la vida? Es, no es más. La vida breve, la vida contingente, la vida-muerte.

César Vallejo escribió: “Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé! Golpes como del odio de Dios”.

Hoy murió una amiga, una conocida, una extraña.

Extrañamientos

Las cosas más extrañas ocurren todo el tiempo. No son de otro mundo, sino de este que compartimos y hacemos entre todos.

Las paredes no renuncian fácilmente a su vocación de ladrillo para abrirse a otras dimensiones, pero una mancha de humedad sobre la puerta de tu cuarto puede ponerte en un instante a kilómetros de distancia. Las personas no mueven objetos con la mente, que tienen siempre en otra parte, pero las cargan esforzadamente sobre sus espaldas hasta donde sea necesario.

Un árbol es la cosa más extraña – mantiene una doble vida bajo la tierra. Un gorrión es la cosa más extraña – sobrelleva su exilio americano hace siglos y sin embargo no deja trasparecer nada de eso en su canto. Nuestro rostro en el espejo, por la mañana, ganando lentamente forma y expresión, es la cosa más extraña.

Luciana se despertó a las siete en punto. A las siete y cuarto preparara el desayuno y se disponía a comer en cuanto leía las titulares de las noticias en la computadora. A las siete y media ya se encuentra concentrada al pie de su mesa de trabajo. Maneja la escuadra y el transporte con diligencia y precisión, toma medidas, calcula progresiones, hace marcas sobre el papel con un sacabocados. De repente se detiene en medio de una línea, pero la línea sigue por cuenta propia hacia arriba, hacia abajo, para los costados, como los trazados de las rutas sobre los mapas en las películas de antiguamente. ¿Hace planes para viajar al sur? ¿Ha vuelto a soñar con la vida en el Brasil?

Una bandada de palomas descendiendo hasta tus pies es la cosa más extraña. Si un día el hombre llega a Marte no se sorprenderá tanto como te sorprenden las malditas cada vez que lo hacen.

Michelle es asaltada por las palabras en medio de los libros. No es raro ser asaltado en medio de la calle, o incluso en tu propia casa, pero es raro ser asaltado así, en medio de un libro. Cuando esto acontece, Michelle deja de leer de inmediato y corre – corre dentro de su cabeza. En el apuro a veces se lastima. Es la cosa más extraña verla cubierta de cicatrices literarias.

Un rayo de sol colándose por la ventana e iluminando las partículas del polvo en suspensión es la cosa más extraña – lo saben los niños. El corazón de una breva de higo es la cosa más extraña – lo saben las avispas.

Porque las cosas más extrañas ocurren todo el tiempo, existe la rutina. A las once Luciana ha concluido con el primer pedido del día. A las once y cinco hace una pausa para tomar un café. A las once y diez está nuevamente trabajando. Debe apurarse si quiere almorzar a la una, como todos los días. ¿Sabe Luciana que no hay modo de precaverse de las cosas más extrañas? Lo sabe. Es por eso que se apega a su horario, aunque no ignore que se trata apenas de un recurso para encarar los días, uno después del otro, sin presentimientos. Quiere ser dueña de su vida. ¿No es lo que queremos todos acaso? En esta y otras cosas piensa ahora – en las cosas más extrañas.

Dulces, cúpulas, violines. El paisaje agreste del lugar en que nació. Sueños poblados de imágenes. Santa María, Macondo, Buenos Aires. Ojos que ven, manos que sienten. Las cosas de este mundo, del reino de este mundo – no, de la fiesta de este mundo.

Subo por Hipólito Yrigoyen hasta Parque Rivadavia. Evito la avenida, porque sería demasiado para mí en este estado. Estoy exaltado. Lo comprendo, aunque no pueda hacer nada al respecto. Todo conspira. Ando a flor de piel.

En la plaza varias personas duermen al sol, recostadas en los bancos. La noche fue muy fría como para dormir a la intemperie y sólo ahora pueden descansar. ¿No hay nadie que pueda hacer algo por ellas? Algunas veces las cosas más extrañas acaban por tornarse banales y es como si no tuviesen lugar. Me acerco a una mujer que

me observa con espanto. Es que no es infrecuente que seamos la cosa más extraña para los otros. Ella es la persona más extraña. Por momentos, sin que entienda la razón, se dirige a mí en inglés. Después me pide comida para su perro. Vamos a comprarla juntos.

Hoy amaneció nublado – qué cosa más extraña! Florecieron los primeros jacarandás – qué cosa más extraña. Bajó el precio de los tomates – increíble!

Valeria me enseñó una vez que en el cielorraso de su cuarto era posible contemplar el movimiento de la calle al mediodía. Con las persianas bajas, como en un cine privado, era posible ver los autos atravesando la avenida como fantasmas en colores. Esto es verdad.

Oscar fue fotógrafo. Marta tenía una caligrafía maravillosa. Martín nadaba como nadie.

Las cosas más extrañas ocurren todo el tiempo y son de este mundo. Es mejor que te habitúes a ellas.

Elecciones

Se aproximan las elecciones en el país. En las esquinas, como en quioscos de feria, los candidatos vocean sus *slogans* de campaña. Las personas aceptan los globos y huyen. Supongo que los espanta no ver a Rilke en las listas de este año. La poesía ha sido muy golpeada en los últimos tiempos.

¿No es extraño que nadie toque el tema en los debates presidenciales? ¿Cuáles son las propuestas de los partidos para la renovación del lenguaje? No es que me haga demasiadas expectativas al respecto. Me conformaría quizás con que los líderes políticos respetasen las reglas gramaticales y evitasen la hipérbole, el eufemismo y la ironía.

Nietzsche decía... No sé rían, ya sé, ¡de nuevo Nietzsche! Nietzsche decía que hay sociedades incapaces de imaginarse de otra forma de como son. También las sociedades necesitan de imaginación y de poesía.

En medio de la Sierra Maestra, en cuanto los compañeros dormían, el Che robaba horas al descanso para leer. Conti no abrazó la lucha armada, pero jamás abandonó la trinchera de la humanidad, que era para él, también, la de la escritura. Junto al “frente amplio de la poesía y de la guerra”, Gelman dijo no.

Se aproximan las elecciones en el país. La gente anda preocupada con eso. ¡Pero qué importa quien sea el próximo ministro de la cultura si David Lagercrantz sigue primero en la lista de los libros más vendidos! ¿Qué es lo que pasa en la soledad del cuarto oscuro? ¿No sería mejor si nos reuniésemos todos en un café, o, si está lindo, en una plaza, a conversar tranquilos y poner en común nuestras lecturas? Entonces nadie podría decir después: nunca lo leí. O, peor, siendo muy bestias: es que no saben leer.

¿Qué es lo que revelan las encuestas sobre el preocupante empobrecimiento del verso libre y la inflación de las literaturas del yo? Pancartas improbables comienzan a levantarse en la imaginación de los poetas. ¡Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura de la publicidad! ¡El pueblo, unido, jamás perderá el ritmo! ¡Abajo los metalenguajes, arriba la glosa!

Probablemente Benjamin daría un pésimo presidente, ¿pero tanto mal haría que alguien llamase la atención sobre las ruinas que el progreso deja a su paso? Puedo verlo en el balcón de la casa de gobierno ofreciendo su primer discurso oficial, sólo que no sería un discurso ni sería oficial, sería más bien una especie de charla íntima, en voz muy baja, como si hablase solo: “¡Traben los frenos!”, diría, “¡Miren atrás! ¿No ven?”.

Se aproximan las elecciones en el país. La derecha dice que se robaron todo; ¿se robaron también la música, las fiestas populares, los sueños? La izquierda lamenta la pesada herencia con la que tendrá cargar; ¿no heredará también esa cosa liviana, alada y sagrada que nos ha ayudado a resistir hasta aquí? ¿Es posible que un error de imprenta haya dejado afuera de todos los programas de gobierno la educación estética del hombre? ¡Tanto trabajo para nada, Federico!

En todo caso, no perdamos más tiempo, declaremos la emergencia poética. Primero, los movimientos literarios ocupan las calles. Avanzan en silencio hacia la plaza del congreso, concentrados en sus libros. Van por todo: la patria surrealista, el ocio mínimo asegurado, la imaginación universal por hijo y la despenalización del lenguaje inclusivo.

¿Son capaces de hacerse una idea de cómo podrían llegar a ser las cosas si procediésemos a la redistribución de la poesía y la reforma literaria? Después de hacer el puchero para sus hijos, Rosa escribiría largas cartas a su hermana, cartas complejas y enrevesadas como las iglesias del barroco andino que frecuentaba de chica, junto a su madre. Pagadas las cuentas en la despensa, Víctor y José cubrirían los paredones de los baldíos con figuraciones de la esperanza utópica que ni el propio Bloch llegó a entrever. Y cuando

las ollas populares ya no fuesen necesarias, igual todavía se reunirían las personas en los comedores para darle forma al mundo.

Es que la poesía ha sido muy golpeada en los últimos tiempos y necesita de la ayuda de todos. ¿A cuánto cerró el cambio hoy? ¿Cómo puede ser que tanta gente apueste por los dictados de los mercados y ande tan devaluada la prosa del mundo? ¿Hemos renunciado definitivamente a la inclusión de la literatura en la canasta básica?

¡Griten, putos, griten! ¡Imaginación o muerte!

Se aproximan las elecciones en el país. He sopesado criteriosamente las propuestas de todos los partidos. Yo elijo la metáfora.

Durmientes

Dormí como un tronco.

Esto puede mover a confusiones dado el desconocimiento imperante sobre la vida de la madera. Es que no son sino disparates lo que se escucha estos días en las radios sobre su sueño vegetal.

Los durmientes, para poner un caso hecho a medida, tendidos entre dos rieles no tienen manos a medir para contener los devaneos térmicos del acero - uno los ve tendidos y no adivina la ingente actividad de los pobres: trabajan día y noche.

Nuestras camas, entonces, ni hablar - sus tirantes crujen vigilantes cada vez que nos revolvemos en las sábanas, y guarda si no corren las patas cuando nos levantamos a mear, porque entonces cae sobre ellas la ira de dios.

Duermo como un tronco, tirante, trabajando entre sueños. Susana dice que ronco como una locomotora. No está mal eso. Me gustaría apitar también. Sería una buena imagen del industrioso trajín al que me entrego cada noche.

Johannes Kepler elaboró su teoría heliocéntrica bajo la forma de un sueño en que viajó a la Luna y contempló desde su superficie las progresiones de los astros - la Tierra, firme bajo sus pies durante el día, giraba en elipses enloquecidas durante la noche.

Kafka, que cabeceaba frecuentemente durante las horas de expediente en la compañía de seguros en la que se encontraba empleado, acostumbraba despertar agotado después de una larga noche de sueño - todavía enredado en las imágenes terribles e hilariantes que darían cuerpo a sus novelas inconclusas.

No siempre me sentí próximo de ellos. Durante mucho tiempo robé horas a la noche para dar forma al objeto de mi pasión. Es que todo exige todo de nosotros y debía los días al mundo. En

cuanto los otros dormían, yo velaba. Lo llamaba: la travesía de la noche.

Las pesadas consecuencias del insomnio me obligaron a cambiar de táctica. Comencé a dormir como un tronco, confiando al trabajo silencioso de mis fibras íntimas la resolución de los problemas más difíciles.

Esto no es algo que se haga de un día para otro, aunque los resultados no se hicieron esperar. ¿Me creerían que debo a esa costumbre mi diploma en filosofía y unos cuantos ensayos sobre el balbuceo del lenguaje poético?

Para mejorar la performace, Érika me recomendó que bebiese un sorbo de agua antes de dormir, en cuanto formulaba la cuestión que me asombraba, y que bebiese otro sorbo de agua al despertar. La respuesta, me aseguró, afloraría sin esfuerzo, por condicionamiento, directamente de los brazos de Morfeo a la superficie de la conciencia.

Puse su consejo en práctica de inmediato.

Día 1 (teste). Problema: ¿Dónde dejé las llaves del galpón? Solución: En el segundo cajón de la alacena, debajo de la espumadera. Observación: Están ahí.

Día 2 (ejercicio de abstracción). Problema: Número al que hay que elevar a dos para obtener cincuenta y seis. Solución: 5.8073549220576. Observación: Es como hacer trampa en las palabras cruzadas.

Día 3 (entrando en tema). Problema: ¿Cómo desarrollar estas pequeñas percepciones sobre la labor del sueño para dar lugar a una idea? Solución: Enumerar los trabajos y los días. Observación: Despierto agitado, sintiendo que soy presa de una regresión al infinito.

Día 4 (después de la noticia de la muerte de un amigo). Problema: Hubiese querido verlo una vez, tenía tantas cosas para decirle. Solución: -----. Observación: Lloro durante todo el día, sin consuelo, lloro y lloro, como si estuviese purgando toda el agua que tomé a las orillas del sueño en los últimos días - después

devuelvo el vaso a su lugar en la cocina y doy por encerrado el experimento.

Es que una buena noche de sueño resuelve algunas cosas, pero no todas las cosas tienen solución. Hay cosas que nos trabajan toda la vida, y algunas veces tensan nuestro cuerpo y nuestro espíritu hasta quebrarnos como leña seca.

No es de sorprender, por tanto, que después de muertos todavía necesitemos de la más larga noche de sueño. Entonces, con la ayuda de los gusanos y la paciencia de la tierra, nuestra materia vuelve a la distensión primordial del polvo. Por un instante, el trabajo se detiene. Pero enseguida recomienza, como en los sueños de la madera.

Conocidos

La gente nunca termina de conocerse. Esto es algo que en general aprendemos bajo las formas de la decepción, como en la frase: “En ese momento Eugenia comprendió que en realidad no conocía a la persona que tenía a su lado”.

Y, sin embargo, se trata de una verdad que admite desarrollos menos penosos.

Diogo cae en la vereda y se raspa las manos, pero no llora. Todavía conmovido, se incorpora y continúa su carrera desenfrenada detrás de su hermano. Maria João ha visto todo. Tuvo que contenerse para no ir a su rescate. Ahora sonrío, orgullosa de su hijo.

La gente ha tomado nuevamente las calles en manifestación contra las medidas anunciadas por el gobierno. Unos a otros se observan asombrados. Están juntos. No se sabían tan fuertes, juntos.

Conocí a mi viejo a los veintisiete años. No es que mi viejo nos haya abandonado de chicos. Al contrario, el viejo siempre estuvo ahí. Pero yo sólo lo conocí a los veintisiete años. Nunca es demasiado tarde para conocer una persona.

Algunas personas son más fáciles de conocer que otras, pero nadie es transparente. Largos años de experiencia me han permitido establecer una clasificación que considero prácticamente definitiva. A saber:

- 1) los extraños de siempre;
- 2) extraños conocidos - digamos, el cartero;
- 3) familiares extraños (aquí cada quien introducirá su propios ejemplos);
- 4) falsos semblantes;
- 5) personas que se ocultan detrás de otras personas;

- 6) gente que miente con todos los dientes;
- 7) artistas de la pornografía;
- 8) mosquitas muertas;
- 9) invisibles;
- 10) que es mejor no conocer;
- 11) misteriosas;
- 12) insondables.

Yo pertenezco a la primera categoría. Los gatos, sin ningún lugar a dudas, a la última.

Menciono los gatos con alguna inquietud, porque sé que están aquí para escucharme hablar de las personas - que nunca terminamos de conocer. Pero como se verá a seguir, no podrían importarme menos las personas. No, me expreso mal. Las personas me importan, y mucho. Simplemente descreo que lleguemos a alguna parte hablando de las personas.

Nietzsche decía... Hablo mucho de Nietzsche últimamente, verdad? Quién lo diría! Nietzsche decía: siempre una máscara detrás de la máscara, y otra máscara detrás de la máscara, y otra, y otra.

Coloquemos las cosas, mejor, en otros términos. Variamos tanto! Uno vuelve tarde a casa y al abrir el portón para entrar el auto nuestro perro nos desconoce. Me desconoció”, dice uno asustado cuando finalmente Penélope interviene y pone un freno al animal.

Somos diligentes en la oficina, apasionados en la cancha, ocurrentes a solas, previsibles en la cama.

Al mismo tiempo, sometidos a la imponderabilidad de los encuentros, tejemos relaciones simbióticas con los otros y las cosas, las plantas y los libros. En última instancia, cuando nos llaman, respondemos a nuestro nombre por costumbre.

Monique se pierde a sí misma cuando la deja su marido. Alejandra sólo se siente plena en la soledad desértica de su cuarto. Rosaleen deviene lobo entre los lobos. Josefina se disuelve en la multitud.

Aunque ni siempre ni la mayoría de las veces asimilemos la forma de aquellos con los que nos damos, el destino de Zelig no

debía sernos indiferente. Los límites de nuestra piel son tan convencionales como las fronteras políticas. Ejércitos, aventureros, contrabandistas, refugiados - nos invaden, nos ocupan, nos preocupan, nos entusiasman, nos pierden, nos cambian, nos enriquecen, nos habitan.

Así, no es extraño que ni nosotros mismos sepamos con quien estamos lidiando cuando nos encaramos en el espejo.

Pero volvamos a la cuestión que nos convoca. Si nunca terminamos de conocer a la gente, y si en el fondo tampoco llegamos nunca a terminar de conocernos a nosotros mismos, qué haremos de nuestras vidas?

Por lo pronto, supongo que continuaremos desayunándonos como Eugenia cada vez que lo que damos por sentado sobre los otros y el mundo cae por tierra revelando la inestabilidad de todo lo que nos toca de cerca. No es un precio excesivo a pagar, teniendo en cuenta que hasta abrirnos a lo desconocido no estamos ni vivos ni muertos, como el gato de Schrodinger.

Clases

Los alumnos siguen frecuentando las clases, aunque falto cada vez más y raramente aviso. Aprenden mejor así, sin dudas. La clase se torna una asamblea. Primero, para indagar en las causas de mi comportamiento reciente y tomar medidas adecuadas. En seguida, para analizar el atraso del *curriculum* y promover acciones para su renovación. Por fin, para redefinir el calendario, suspender las actividades de evaluación y establecer un programa de clases abiertas y libres. ¡Es la felicidad pública! Forman comisiones, distribuyen tareas, se animan los unos a los otros.

Sólo por eso los alumnos siguen frecuentando las clases, que por otra parte hace tiempo que preparo con grandes reservas. Es que no estoy convencido de que pueda enseñarse nada a nadie, aunque tenga sobrada experiencia de que es posible aprender muchas cosas - no importa dónde ni con quién.

Supongo que las clases son un lugar tan bueno como cualquier otro. Si voy, es para aprender. Mientras debito la lección del día, soy capaz de instruirme sobre las cosas más improbables. Una vez aprendí que para escribir la mejor literatura del mundo no es imprescindible saber escribir, pero ciertamente es imprescindible saber escuchar. Otra vez, que la sensibilidad es común y es en común como mejor se manifiesta. Otra, que es mejor llevar mucha agua cuando se sube una montaña.

Paula hizo una película. Era su primera película. ¡Le llevó más de quince años! Quince años para aprender a hacer una película. Claro que no aprendió sólo a hacer una película – también aprendió otras cosas, aprendió muchas cosas, tantas que es difícil de creer. No hay misterio en eso. Todo es cuestión de tiempo y atención, de coraje y perseverancia. Las personas son capaces de tales cosas.

Así y todo, siguen frecuentando las clases. ¿Pueden entender ahora la responsabilidad que las clases suponen para mí? ¿Consiguen hacerse una idea de lo penoso de mi situación?

Entran en la pileta en orden, algunos dibujando un arco en el aire y rompiendo la superficie sin estruendo, otros poco a poco, evitando el choque térmico, confundiéndose como el agua en el agua. En cuanto organizo los flotadores y mis ideas junto al borde, los veo multiplicar los gestos con expectativa: se ajustan las antiparras y las gorras de baño, dejan morir las conversaciones que mantenían con sus colegas, están listos. Digo algunas palabras de circunstancia para dar por iniciada la clase y en seguida me pongo de perfil – no teniendo nada que explicarles, me limito a mostrarles cómo lo hago. Dispongo el torso en ángulo recto en relación a las piernas y estiro ambos brazos delante de mi cabeza, entonces llevo el brazo derecho hacia atrás quebrando la articulación del codo a medida que mi mano progresa, de tal modo que la palma siempre mantenga la máxima superficie de contacto con el agua; giro luego la cabeza sobre el hombro para respirar, mientras mi brazo completa una vuelta de ciento ochenta grados y danza en lo alto antes de volver al punto de partida – repito el movimiento con el brazo izquierdo. Entonces uno a uno se alejan del borde en sus andariveles y nadan, nadan como si hubiesen nacido para eso, como pez en el agua, nadan y nadan, diez, veinte, cincuenta largos, y a cada vuelta lo hacen un poco mejor, un poco más rápido, hasta que doy por terminada la clase y me preparo para recibir al siguiente grupo.

Borges escribió: “Pensar, analizar, inventar no son actos anómalos, son la normal respiración de la inteligencia. Glorificar el ocasional cumplimiento de esa función, atesorar antiguos y ajenos pensamientos, recordar con incrédulo estupor lo que el *doctor universalis* pensó, es confesar nuestra languidez o nuestra barbarie. Todo hombre debe ser capaz de todas las ideas y entiendo que en el porvenir lo será”.

Alucinaciones

Pasaran veinte años, pero la ciudad seguía ahí.

Qué sea una ciudad, bien, esa es una cuestión en la que no ahondaremos hoy aquí.

No venía para quedarse, aunque desde el primer día sintiese el abrazo de oso de la nostalgia y las calles le hablaran continuamente del que supiera ser. Tampoco lamentaba haberse ido; eso fuera inevitable, quizás incluso muy triste, pero había aprendido a estar a la altura de lo que acontece y se hiciera de una vida en su laberinto. No una vida mejor o más interesante, apenas una vida. Simplemente estaba nuevamente en la ciudad.

El delirio era parte del duelo que ahora buscaba elaborar después de veinte años de negación. Adonde quiera que fuera la ciudad lo asombraba con sus fantasmas. Es sabido que los fantasmas exigen justicia. ¿Fue injusto, Eduardo? ¿Piensa que es capaz de reparar el daño producido? Sí y no. Pero no nos engañemos: no es la culpa lo que lo trajo aquí.

Delirio significa, en primer lugar, ver lo que se quiere ver, ver lo que se quiere. Incluso cuando no esté ahí.

Clara veía a menudo a su hermano avanzando en la multitud, viniendo a su encuentro, vestido con una camisa a rayas rojas y negras. Después lo vio un poco menos. Después ya no lo vio más. El hermano de Clara murió hace unos años, muy joven. Clara fue sensible e inteligente como para, en medio del delirio, pensar en lo que todavía restaba de su vida, y aferrarse a eso, y hacer un lugar para el hermano en un rincón especial de su memoria.

Es diferente con Eduardo, que difícilmente consigue distinguir lo que es de lo que no es, la memoria de la ficción, o la verdad de las mentiras - que por otro lado, dicho sea de paso, prodiga

a mansalva. Eduardo no carece de inteligencia, pero su sensibilidad lleva años embotada. No fue consecuencia de su exilio, sino de todo por lo que pasó en la ciudad antes de dejarla.

Partir siempre ha sido un procedimiento predilecto para él a la hora de enfrentar sus problemas. “Viajar, perder teorías”, como dice Vila-Matas. Vivir para aprender. Es raro verlo de nuevo en la ciudad después de tanto tiempo, apenas para respirar un poco y poner ciertas cosas en claro.

Las ciudades también deliran. Me ven, por ejemplo, inmóvil, abstraído, distante, sentado en el banco de una plaza cualquiera, buscando la palabra justa para dar expresión a mi sentimiento de pérdida. Pero después olvidan todo con facilidad y siguen con sus vidas, acumulando estrato sobre estrato y ruina sobre ruina.

Ahora esta me observa con total indiferencia, como poniendo un punto final a la historia que tuvimos en común.

(Pero sigue...)